

ra juzgar por sí mismo si el diagnóstico «degeneración» es ó no aplicable á los promovedores de las nuevas tendencias estéticas. Que no se vaya á creer, por lo demás, que degeneración sea sinónimo de falta de talento: casi todos los observadores que han examinado muchos degenerados establecen expresamente lo contrario. «No hay que olvidar—dice Legrain—que el degenerado puede ser un genio; un espíritu mal equilibrado es susceptible de las más altas concepciones, al paso que paralelamente se hallan en el mismo espíritu mezquindades, pequeñeces que parecen tanto más manifiestas cuanto que tienen su asiento al lado de las cualidades más brillantes»¹. Esta reserva la encontraremos en todos los autores que han suministrado contribuciones á la historia natural de los degenerados. «Pueden—dice Roubinovitch—alcanzar un desarrollo considerable desde el punto de vista intelectual; pero desde el punto de vista moral su existencia está completamente desequilibrada; un degenerado... empleará sus brillantes facultades, lo mismo para servir una gran causa que para satisfacer las inclinaciones más viciosas»². Lombroso ha citado toda una lista numerosa de genios incontestables que no menos incontestablemente eran matoideos, grafómanos ó locos declarados³, y un sabio francés, Lasègue, ha podido emitir esta idea que se ha hecho corriente: «el genio es una neurosis». Esta aseveración era imprudente, puesto que permitía á los charlatanes ignorantes hablar, con apariencias de razón, de exageración, y burlarse de los neuro-patologistas y alienistas que ven un loco en todo individuo que se permite ser otra cosa, ser algo más que el contribuyente normal más ordinario, más impersonal. La ciencia no afirma que todo genio es

¹ Legrain, *op. cit.*, pág. 11.

² Roubinovitch, *op. cit.*, pág. 33.

³ Lombroso, *El Hombre de genio*, traducción francesa por Fr. Colonna d'Istria. París, 1889. Véase también especialmente P. Nisbet, *The insanity of genius*, Londres, 1891.

un loco; hay genios sanos que desbordan de fuerza, cuyo altivo privilegio consiste precisamente en que una de sus facultades intelectuales está extraordinariamente desarrollada sin que las demás queden más acá del término medio; del mismo modo, naturalmente, todo loco no es un genio, y la mayor parte de los locos son más bien, si se hace abstracción de los imbéciles de diferentes grados, lastimosamente estúpidos é incapaces. Pero, en casos numerosos, el «degenerado superior» de Magnan, del mismo modo que presenta aquí y allí una estatura gigantesca ó un desarrollo excesivo de ciertas partes, posee un talento singularmente desarrollado, á expensas, bien es cierto, de las otras facultades que están completa ó parcialmente marchitadas¹. Esto es lo que permite al hombre competente distinguir, al primer golpe de vista, el genio sano del degenerado altamente ó aun muy altamente dotado; que se despoje á aquél de la facultad especial por la cual es un genio, y siempre continuará siendo todavía un hombre capaz, á menudo de una inteligencia y de una habilidad superiores, moral, apto para discernir, que sabrá en todas partes llenar su sitio en nuestro engranaje social; que se pruebe la misma experiencia con el degenerado, y sólo se tendrá un criminal ó un loco que la humanidad sana no puede emplear en nada. Si Goethe no hubiera en su vida escrito un solo verso, no hubiera por eso dejado de ser un hombre de excelente trato, de buenos principios, un fino conocedor del arte, un coleccionador de exquisito gusto, un observador sagaz de la naturaleza; que se re-

¹ Falret, *Anales médico-psicológicos*, 1867, pág. 76: «Desde su infancia tienen de ordinario facultades intelectuales muy desigualmente desarrolladas, débiles en su conjunto y notables por ciertas aptitudes especiales; han mostrado disposiciones excepcionales para el dibujo, el cálculo, la música, la escultura ó la mecánica... y al lado de estas facultades aisladamente desarrolladas que les han hecho pasar por precoces prodigios, han ofrecido las más de las veces enormes lagunas en su inteligencia y una debilidad verdaderamente radical de las otras facultades».

presente cualquiera, por ejemplo, á un Schopenhauer que no hubiera sido el autor de libros asombrosos, y no tendría frente á sí más que un original repulsivo al cual sus costumbres tendrían que excluir de toda sociedad honrada y al cual su delirio de la persecución designaba para ser encerrado en el manicomio. La falta de armonía, el defecto de equilibrio, el lado singularmente inútil y no satisfactorio hasta de la facultad para reconocer que hay en el degenerado de genio, saltan á la vista de todo observador sano que no se deje influir por la admiración ruidosa de críticos que son ellos mismos degenerados, y le permitirán en toda ocasión no confundir al matoideo con el hombre excepcional sano que abre nuevos caminos á la humanidad y la conduce á más altos desarrollos. No participo de la opinión de Lombroso que afirma que los degenerados de genio constituyen una fuerza propulsiva del progreso humano¹; seducen y ciegan, ejercen desgraciadamente también con frecuencia una acción profunda, pero que es siempre nefasta; si no se advierte en seguida, no deja de notarse más tarde; si los contemporáneos no llegan á hacerlo constar, el historiador de la civilización lo enseña ulteriormente. Dirigen también á la humanidad por caminos propios que han encontrado por sí mismos, hacia nuevos objetivos, pero estos objetivos son abismos ó desiertos; son guías en los pantanos, como lo son los fuegos fatuos, ó de la perdición, como el cazador de ratones de Hameln. Su infecundidad siniestra está expresamente puesta de relieve por los observadores; «son —dice Tarabaud—estrafalarios, originales, desequilibrados, incapaces; son de esos individuos de los cuales no se puede decir que no son inteligentes, pero tienen una inteligencia improductiva»². «Un carácter común les une,

¹ *Nouvelle Revue*, 15 Julio 1891.

² Tarabaud, *De las relaciones entre la degeneración mental y la histeria*, París, 1888, pág. 12.

escribe Legrain: la debilidad del juicio y el desigual desarrollo de las facultades intelectuales... Las concepciones no son nunca elevadas, el débil es incapaz de tener grandes pensamientos, ideas fecundas; este hecho contrasta singularmente con el desarrollo exagerado de sus facultades de imaginación»¹. «Si son pintores, se lee en Lombroso, la cualidad predominante en ellos será el colorido, serán los accesorios decorativos; si son poetas, tendrán una rima abundantísima, la forma brillante, serán á veces decadentes»².

Así son por dentro los mejor dotados de los que, en arte y en literatura, encuentran los nuevos caminos y los que discípulos entusiastas aclaman como guías hacia la tierra prometida del porvenir; entre ellos predominan los degenerados ó matoideos. A la muchedumbre, por lo contrario, que les admira y jura por su nombre, que imita las modas que ellos han imaginado y se complace en las rarezas descritas en el precedente capítulo, se aplica ante todo el segundo de los diagnósticos más arriba establecidos: en ella se trata principalmente de histeria y de neurastenia.

Por razones que pondremos en claro en el capítulo siguiente, la histeria ha sido hasta aquí menos estudiada en Alemania que en Francia que es el país donde se han ocupado de ella más seriamente; lo que acerca de ella sabemos, lo debemos casi exclusivamente á los maestros franceses: los grandes tratados de Axenfeld³, de Richer⁴ y singularmente de Gilles de la Tourette⁵, resu-

¹ Legrain, *op. cit.*, págs. 24 y 26.

² Lombroso, *Nuevas investigaciones de psiquiatría y antropología criminal*, París, 1892, pág. 74.

³ Axenfeld, *De las neurosis*, 2.^a edición, revisada y completada por el Dr. Huchard, París 1879.

⁴ Paul Richer, *Estudios clínicos sobre la histerio-epilepsia ó grande histeria*, París 1891.

⁵ Gilles de la Tourette, *Tratado clínico y terapéutico de la histeria*, París, 1891.

men de un modo completo nuestro conocimiento actual de esta enfermedad, y en ellos habré de apoyarme al enumerar los rasgos característicos de la histeria.

En los histéricos—y no hay que creer que se encuentran exclusivamente, ni aun siquiera en mayor número en el sexo femenino, sino que se encuentran entre los hombres tan frecuente, y quizás más frecuentemente aun que entre las mujeres¹—en los histéricos, como en los degenerados, lo que resalta ante todo es una emotividad extraordinaria. «Es seguramente más bien la impresionabilidad extremada de los centros psíquicos—dice M. Henri Colin—lo que constituye el carácter fundamental de los histéricos... Los histéricos son ante todo unos sensitivos»². Esta primera propiedad engendra otra no menos notable é importante: la excesiva facilidad con la cual pueden ser sometidos á la sugestión³; los antiguos observadores han hablado en todas ocasiones de la costumbre ilimitada de la mentira en los histéricos, hasta se han indignado contra ella y han hecho de ella la señal por excelencia de su condición mental. En esto han cometido un error; el histérico no miente conscientemente; cree en la verdad de sus fantasías las más locas; la movilidad enfermiza de su espíritu, la excitabilidad exagerada de su imaginación, llevan á su conciencia toda clase de apercepciones extrañas y absurdas; se sugiere á sí mismo que estas apercepciones descansan sobre percepciones reales y cree en la verdad de sus locas fantasías hasta que una sugestión nueva, sea propia, sea emanada de otra persona, haya expulsado á la precedente. Una consecuencia de la disposición del histérico á la sugestión, es su manía irresistible de la imitación⁴ y el apresuramiento con que

¹ Paul Michaut, *Contribución al estudio de las manifestaciones de la histeria en el hombre*, París 1890.

² Henri Colin, *op. cit.*, pág. 14.

³ Gilles de la Tourette, *op. cit.*, pág. 548 y *passim*.

⁴ Henri Colin, *op. cit.*, págs. 15 y 16.

sigue todas las inspiraciones de los escritores y de los artistas¹; cuando ve un cuadro, quiere parecerse á los personajes en la actitud y el traje; si lee un libro, se apropia ciegamente las ideas que hay en él, toma como modelos á los protagonistas de las novelas que está leyendo en el momento, y se identifica con el carácter de las personas que se agitan ante sus ojos en la escena.

A la emotividad y á la facilidad de sugestión se añade un amor de sí mismo que no se observa nunca en tal medida, ni muchísimo menos, en las gentes sanas. Su propio «yo» aparece gigantesco á la vista interior del histérico y llena tan por completo su horizonte intelectual, que le esconde todo el resto del universo; ni siquiera soporta que los demás no se ocupen de él; quiere tener tanta importancia para los demás como la que tiene para sí mismo: «una necesidad incesante persigue y domina al histérico: la de hacer que las gentes que le rodean se ocupen de su persona»². Un medio de satisfacer esta necesidad consiste en imaginar sucesos que le hacen interesante; de aquí las aventuras extraordinarias que con frecuencia ocupan á la policía y llenan los sucesos de los periódicos; el histérico se ve asaltado en plena calle, aun las de más tránsito, por hombres desconocidos; es despojado, maltratado, arrastrado hasta un barrio perdido y abandonado allí como muerto; se levanta penosamente y va á contárselo á la policía; puede enseñar sobre su cuerpo las heridas que ha recibido y precisa todos los detalles; y no hay en todo el relato una sola palabra de verdad: todo ha sido soñado é imaginado, y él mismo se ha inferido las heridas con el fin de convertirse por un momento en el centro de la atención pública. En los grados menos importantes de la histeria, esta necesidad de llamar la atención reviste formas más inocentes: se manifiesta por excentricidades de

¹ Gilles de la Tourette, *op. cit.*, pág. 493.

² Gilles de la Tourette, *op. cit.*, pág. 303.

traje y de conducta: « otros histéricos adoran los colores llamativos, los objetos excéntricos, gustan de atraer las miradas, de hacer que se hable de ellos »¹.

No es necesario, creo, hacer notar especialmente al lector hasta qué punto responde este retrato clínico del histérico á la descripción de las singularidades « fin de siglo », y cómo hallamos en él todos los rasgos que nos ha dado á conocer la observación de los fenómenos de la época, especialmente la rabia por imitar, en el aspecto exterior, en el vestido, la actitud, el corte del cabello y de la barba, las figuras de cuadros antiguos y modernos, y el esfuerzo febril por llamar la atención, mediante no importa qué rarezas, y por hacer hablar de uno. El examen de los degenerados y de los histéricos declarados, cuyo estado ha hecho necesario el tratamiento médico, nos da también la clave de los detalles secundarios de las modas del día; el furor por coleccionar de los contemporáneos, el nacimiento en las casas de una colección de cachivaches sin objeto que no se convierten ni en más útiles ni en más bonitos porque se les bautice con el nombre suave de *bi-belots*, se nos revelan bajo una nueva luz, cuando sabemos que Magnan ha notado en los degenerados un instinto irresistible de adquirir baratijas inútiles. Este instinto es tan pronunciado y tan especial, que Magnan lo declara un estigma de degeneración, y ha creado para designarlo el nombre de « oniomanía » ó locura de comprar.

No debe confundirse con el placer de comprar, propio de los enfermos en el primer grado de la parálisis general; las compras de estos últimos son una consecuencia de su manía de grandezas; hacen grandes adquisiciones porque se creen archimillonarios. El oniómalo, por lo contrario, no compra masas considerables de un solo y mismo objeto, como el paralítico general, y el precio no le es indiferente como á este último; lo que le ocurre es que no

¹ Legrain, *op. cit.*, pág. 30.

puede sencillamente pasar ante una pacotilla cualquiera sin sentir la necesidad de adquirirla.

La manera singular de ciertos pintores, impresionistas, puntillistas ó mosaístas, temblones ó parpadeantes, coloristas rabiosos, tintoreros en gris ó en pálido, será para nosotros inmediatamente comprensible, si tenemos presentes en el espíritu las investigaciones de la escuela de Charcot acerca de los trastornos visuales de los degenerados y de los histéricos. Los pintores que aseguran que son sinceros y que reproducen la Naturaleza tal como ellos la ven, dicen á menudo la verdad; el degenerado que padece *nystagmo* ó temblor del globo ocular, divisará, con efecto, el mundo como algo trémulo, inestable, sin contornos fijos; y si es un pintor concienzudo, pintará cuadros que recordarán la manera cómo los dibujantes de las *Fliegende Blaetter*¹ de Munich representan un perro mojado que se sacude vigorosamente, y que no suscitarán una idea cómica únicamente porque el observador atento leerá en ellos el esfuerzo desesperado por reproducir plenamente una impresión que, con los medios de arte creados por los hombres que poseen una vista normal, no puede ser reproducida con absoluta precisión.

Casi en todos los histéricos existe la anestesia de una parte de la retina². Por regla general, los sitios insensibles son continuos y ocupan la mitad exterior de dicha membrana; en estos casos, el campo visual se halla más ó menos restringido y aparece al histérico no tal como al hombre normal—como un círculo—sino como un cuadro limitado por una línea de caprichosos ángulos entrantes y salientes. Pero á veces los sitios anestésicos no son continuos y se encuentran diseminados en forma de islotes sobre toda la retina; entonces el enfermo tendrá en su

¹ Hojas sueltas.—(N. del T.)

² Dr. Emilio Berger, *Las enfermedades de los ojos en sus relaciones con la patología general*. Paris 1892, págs. 129 y siguientes.

campo visual toda especie de vacíos ó manchas negras de un efecto curioso, y si pinta lo que ve, se inclinará á colocar los unos cerca de los otros, puntos ó manchas más ó menos gruesos, no ligados los unos con los otros, ó ligados de un modo imperfecto. La insensibilidad no necesita ser completa; puede existir tan sólo con respecto de ciertos colores ó de todos los colores; si el histérico ha perdido totalmente el sentimiento de los colores (acromatopsia), ve todo uniformemente gris, pero percibe las diferencias de grado de claridad; la imagen del mundo se presenta pues ante él como un agua fuerte ó un dibujo al lápiz-plomo, en el cual el efecto de los colores ausentes está reemplazado por la graduación de luz, por la mayor ó menor profundidad y por el vigor de los espacios blancos y negros. Pintores que sean insensibles á los colores experimentarán naturalmente predilección por la pintura pálida, y un público que padezca del mismo mal no encontrará nada de chocante en unos cuadros discromáticos; pero si al lado de la lechada de cal de un Puvís de Chavannes, que apaga uniformemente los colores, el amarillo, el azul y el rojo rabiosos de un Besnard, tienen también sus fanáticos, esto depende igualmente de una causa que la clínica nos revela: « El amarillo y el azul, colores periféricos, es decir percibidos por el borde extremo de la retina—nos enseña Gilles de la Tourette—seguirán siendo percibidos hasta el último límite: son con efecto... los dos colores cuya sensación en la ambliopía histérica se conserva por más tiempo; pero... en ciertos enfermos, y hasta con frecuencia, es el rojo y no el azul el que desaparece el último »¹.

El rojo ofrece aún otra singularidad que explica la gran predilección de los histéricos por él. Las experiencias han establecido que las impresiones llevadas al cerebro por los nervios sensitivos ejercen una influencia conside-

¹ *Tratado clínico y terapéutico de la histeria*, pág. 339.

rable sobre la naturaleza y la intensidad de las impulsiones que éste envía á los nervios motores¹; ciertas sensaciones tienen una acción depresiva é inhibidora sobre los movimientos; otras, por lo contrario, hacen que éstos sean más vigorosos, más rápidos y más intensos: son dinámogenas ó productoras de fuerza; y como quiera que á la dinamogenia ó producción de fuerza va siempre ligado un sentimiento de placer, todo ser vivo experimenta la necesidad de buscar sensaciones dinámogenas y de evitar las sensaciones inhibidoras y depresivas.

Ahora bien; el rojo es notablemente dinámogeno: « Así,—refiere Binet, describiendo una experiencia intentada con una histérica que padecía de insensibilidad de una de las mitades del cuerpo—ponemos en la mano derecha, anestesiada, de Amelia Cl... un dinamómetro...; la mano señala por término medio la cifra 12. Si hacemos contemplar en este momento á la enferma un disco rojo, en seguida la cifra de la presión inconsciente... se duplica²... » Se comprende pues, que pintores histéricos se sumerjan con toda su alma en el rojo, y que espectadores histéricos experimenten un placer especial á la vista de cuadros que obran sobre ellos de una manera dinámogena y suscitan en ellos sensaciones agradables.

Si el rojo es dinámogeno, el violeta, por lo contrario, es inhibidor y depresivo³. No es en modo alguno por casualidad por lo que el violeta ha sido adoptado por varios pueblos como color exclusivo del luto, y por nosotros como color de alivio de luto; la vista de este color ejerce una acción deprimente y el sentimiento de disgusto que suscita responde al abatimiento de un alma en duelo. Es

¹ Alfred Binet, *Investigaciones sobre las alteraciones de la conciencia en los histéricos*.—*Revue Philosophique*, 1889, 27.º volumen.

² Alfred Binet, *loc. cit.*, pág. 150.

³ Ch. Féré, *Sensación y movimiento*.—*Revue Philosophique*, 1886. Véase también del mismo autor: *Sensación y movimiento*, París 1887; *Degeneración y criminalidad*, París 1888, y *La Energía y la Velocidad de los movimientos voluntarios*.—*Revue philosophique*, 1890.

fácil de comprender que histéricos y neurasténicos, al pintar, tendrán tendencia á extender por decirlo así sobre sus cuadros, un color que responde á su estado de fatiga y de agotamiento.

Así es como nacen las pinturas violetas de Manet y de su escuela, que no derivan de un aspecto realmente observado en la Naturaleza, sino de una visión interior, de un estado nervioso. Cuando pedazos enteros de pared de los salones contemporáneos y de las Exposiciones parecen uniformemente velados de medio luto, esta predilección por el violeta demuestra sencillamente la debilidad nerviosa de los pintores.

Hay todavía otro fenómeno característico en alto grado de la degeneración de los unos y de la histeria de los otros: es la formación de grupos ó de escuelas cerradas, aisladas intratablemente de las escuelas vecinas, que se observa actualmente en el arte y la literatura. Artistas ó escritores sanos, cuyo espíritu se encuentra en un estado de equilibrio normal, no pensarían nunca en formar una asociación que se puede, según á cada cual le plazca, llamar secta ó pandilla; en redactar un catecismo, en ligarse á dogmas estéticos determinados, ni en romper lanzas en pro de éstos con la intolerancia fanática de inquisidores españoles. Si hay una actividad humana que tenga que ser individual, es á no dudarla la actividad artística; el verdadero talento es siempre personal; lo que da en sus creaciones, es él mismo, sus propias miras y sus sentimientos, y no los dogmas aprendidos de no importa cuál apóstol estético; obedece á su impulsión creadora, no á una fórmula teórica predicada por el fundador de una nueva capilla artística ó literaria; desarrolla su obra en la forma que es para él orgánicamente necesaria y no en la que un jefe de secta declara exigida por la moda del día. El solo hecho que un escritor ó un artista se deje juramentar para la defensa de una consigna dada, en un «ismo» cualquiera, y corra con gritos de alborozo detrás de una ban-

dera y una música turca, es una prueba completa de falta de personalidad, es decir de talento. Si los movimientos intelectuales, aún sanos y fecundos, de una época, son por regla general clasificados en grandes divisiones que reciben un nombre especial, los historiadores de la civilización ó de la literatura son los que, *a posteriori*, abarcan con la vista el cuadro de conjunto de dicha época y establecen para su propia comodidad, secciones y clases, con el fin de entenderse ellos mismos más fácilmente á través de la diversidad de los fenómenos. Pero estas divisiones son casi siempre arbitrarias y artificiales; los espíritus independientes (no se trata aquí de los simples imitadores), que un buen crítico reúne en un grupo, permitirán acaso que se les reconozca una determinada semejanza; pero por regla general, será el resultado de influencias exteriores y no de un real parentesco íntimo. Nadie puede sustraerse completamente á las influencias ambientes; y bajo la impresión de los sucesos, los mismos para todos los contemporáneos, del propio modo que bajo la de las orientaciones científicas reinantes en un momento dado, determinados rasgos que las fechan en cierto modo se desarrollan en todas las obras de una época. Pero los mismos hombres que andando el tiempo, se encuentran reunidos en el libro de la Historia tan naturalmente que parecen formar una familia, han seguido en la vida, lejos los unos de los otros, su camino especial y no han podido siquiera sospechar que un día llegaría en que se les juntase bajo una denominación común. Ocurre precisamente lo contrario cuando escritores ó artistas se reúnen á sabiendas y á caso hecho y fundan una escuela estética como se funda una casa de banca: con un título para el cual reivindicarían de buena gana la protección de la ley, con estatutos, capital social, etc. Puede ser esto una especulación ordinaria, pero en general, es una enfermedad; la inclinación á formar grupos que se revela en todos los degenerados y los histéricos, puede revestir diferentes